



Última Década

ISSN: 0717-4691

cidpa@cidpa.cl

Centro de Estudios Sociales

Chile

Dávila León, Oscar
Biografías y trayectorias juveniles
Última Década, núm. 17, septiembre, 2002
Centro de Estudios Sociales
Valparaíso, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501704>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

BIOGRAFÍAS Y TRAYECTORIAS JUVENILES*

OSCAR DÁVILA LEÓN**

1. INTRODUCCIÓN

EN EL CONTEXTO DE la ausencia de proyectos colectivos de ascenso o movilidad social, como los que de algún modo conocimos en épocas pasadas, donde a su vez comienzan a imperar lógicas cada vez más privatizadoras de la vivencia social, que lleva a los propios sujetos a establecer mundos más privados que públicos, y con crecientes niveles de fragmentación social, producto de la lucha por acceder una mejor posición en la estructura social que permita beneficiarse de los bienes y servicios que la sociedad debiera proveer para el conjunto de sus habitantes; sin duda que los jóvenes no escapan a esta realidad, y son precisamente ellos quienes viven en carne propia estas incertidumbres y riesgos de quedarse fuera de ella.

De allí que podemos estar en presencia de ciertas tendencias, expresadas como cambios en los valores sociales a nivel juvenil, donde se ha tendido a identificar un cambio desde lo que puede denominarse la «razón social» hacia el «logro personal», expresándose como dimensiones antagónicas, es decir, al optar por una se deja de lado la otra. Esta suerte de modificación a nivel valórico en el mundo juvenil estaría dando mejor cuenta del contexto estructural en el cual se inserta esta generación joven, lo que traería aparejado determinadas percepciones, expectativas y estrategias de construcción de proyectos de vida exitosos, o por lo menos, imaginarse trayectorias de vida con un énfasis en el logro personal por sobre estrategias y acciones de tipo colectivas y/o sociales. Esta formulación —un tanto dicotómica— tiende a relativizarse al momento de visualizar un tremendo realismo y pragmatismo en el proceso de conformación de proyecto de vida a nivel de los jóvenes, que incluso desde la propia percepción de ellos, ven su futuro personal con un ánimo optimista, pensando que en un futuro estarán mucho mejor que hoy (INJUV, 2002). Todo ello independientemente de las posibilidades reales de llegar a concretizar sus futuros proyectos de vida, de acuerdo a la manera en que logren insertarse y traspasar los canales clásicos de integración social funcional, sea vía la educación, el empleo, conformación de familia, autonomía e independencia, etc. Eso por el lado del optimismo y confianza en el futuro.

Y por otro lado, ante la consulta (en las tres encuestas nacionales de juventud) sobre la característica más relevante que define la etapa juvenil, la opción «vivir grandes ideales» viene a la baja: 20% en 1994, 17% en 1997 y 8% en el 2000. Y a la inversa, viene en alza las características más relacionadas con etapa de decisiones y de aprendizajes, donde la opción de «decidir qué hacer en la vida», sube de 37% en 1994, al 41% en 1997 y al 45% en el 2000 (INJUV, 1999 y 2002). Es decir, es posible identificar en los jóvenes, no sólo de sectores populares, sino que a buena parte de sectores medios, con ganas de alcanzar un legítimo logro personal, pero que están conscientes y realistas de la dura tarea que ello implica, poniendo el énfasis muy marcado en que ese logro se alcanzará básicamente de acuerdo al desempeño y oportunidades que tengan en la completación de su ciclo de instrucción formal, que los lleve al más alto nivel de calificación y la mejoría en sus posibilidades de inserción laboral futura.

En la discusión sobre las perspectivas integracionales de la juventud chilena, en particular de quienes se encuentran con mayores desventajas sociales y en riesgo o situación de exclusión social, es preciso considerar los soportes institucionales que pueden favorecer dichos

* Una primera versión más amplia de este texto, escrito junto a Igor Goicovic, será publicado en la *Revista Jóvenes* (2002), editada por el Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (CIEJUV) del Instituto Mexicano de Juventud.

** Asistente Social, CIDPA Viña del Mar. E-Mail: oscar@cidpa.cl.

itinerarios juveniles, donde se conjugan dimensiones de orden individual o personal (y sus entornos cercanos) y estructurales o sistémicos (y sus entornos relacionales); los que van configurando diferentes tipos posibles de trayectorias y con grados diversos de riesgos en el tránsito por esos itinerarios (Bois-Reymond et al., 2002). De allí que interesa centrar la discusión en torno a dos ejes principales y complementarios que debieran contribuir en este proceso: las construcciones biográficas de los propios jóvenes, con un fuerte apoyo y énfasis en la esfera familiar; y un conjunto de políticas desde la institucionalidad que sean concebidas como garantes y protectoras de estos trayectos juveniles, que en el caso chileno, más bien podemos hablar de un sistema de políticas sociales genéricas y específicas que van orientadas al sector juvenil, en ausencia de lo que podríamos denominar una política pública de juventud. La política social, que junto con abordar e intentar superar las condiciones de pobreza de ciertos sectores sociales, entenderlas desde el principio de integración e igualdad social.

2. TRAYECTORIAS JUVENILES EXCLUYENTES E INEQUIDADES

La noción y enfoque de exclusión social ha ido cobrando vigencia para analizar determinados procesos en el mundo juvenil, entendida ésta desde un punto de vista relacional y no como una situación estática, es decir, existirían algunos mecanismos que provocan y acentúan procesos de exclusión, en particular al momento de analizar las condiciones juveniles. A mediados de la década de los ochenta, Martínez y Valenzuela, analizaron la juventud chilena en relación a la exclusión, señalando que «por exclusión se entiende el proceso de cambio estructural por el cual diversos conjuntos sociales, que en el pasado inmediato ocupaban de modo estable posiciones institucionalizadas del sistema social, o podían tener sólidas expectativas de incorporarse a él, son expulsadas de estas posiciones o ven persistentemente bloqueadas sus vías de acceso a ellas» (Martínez y Valenzuela, 1986:95).

Se ponía el acento en un cambio estructural, no una situación de orden coyuntural, principalmente relacionado con el desempeño de la economía y sus repercusiones en el empleo juvenil producto de alguna crisis pasajera. También hacían la distinción de la exclusión como diferente de la *marginalidad ocupacional* como se entendió en los años sesenta, debido fundamentalmente a jóvenes migrantes de origen rural y baja escolaridad, por lo que veían dificultada su incorporación al mundo urbano. Por ello precisan este hecho en el término de *exclusión ocupacional*, teniendo ésta sus orígenes en la crisis industrial, con la reducción del empleo obrero y la reducción del empleo público. Sumaban a esta noción de exclusión, las dimensiones habitacionales en los jóvenes y su imposibilidad de generar procesos de autonomía e independencia; y otras dimensiones asociadas a la baja participación y organización social.

Por su parte, Tohá aporta cuatro elementos que hacen pertinente la utilización del enfoque de la exclusión social para analizar la problemática juvenil, que marcarían una diferencia respecto a los estudios sociales clásicos. En primer lugar, menciona el poder tratar temas como la estigmatización o la participación de los jóvenes como influyentes en las oportunidades de integración social de éstos; segundo, el hecho de aportar una mirada integral acerca de los jóvenes; tercero, puede ser útil para pensar políticas y programas que actúen sobre la situación global de los sujetos jóvenes; y cuarto, esta perspectiva resulta particularmente de utilidad para abordar la problemática juvenil, pues a partir de ella es posible analizar diversas variables que operan en el proceso llamado juventud (Tohá, 2000:244-246).

Desde esa perspectiva es posible afirmar, que es precisamente en esta etapa del ciclo vital donde en mayor medida se juegan las oportunidades de concretar trayectorias exitosas o fallidas en el plano de la integración social de los jóvenes, más allá de las posibilidades de reversibilidad de algunas trayectorias fallidas, bajo la lógica de «políticas de segunda oportunidad». Pero en general, aquí radica en la mayoría de los casos las opciones, decisiones y resultantes de los cursos futuros que puedan tomar la condición juvenil en su integración y/o exclusión en la sociedad: «cuando termina la juventud, esos jóvenes ya están marcados: están dentro o están fuera» (Tohá, 2000:246).

Si revisáramos ciertas dimensiones en las cuales se expresa la exclusión social y la desigual distribución de las oportunidades de integración social, deberíamos convenir en que la variable que más discrimina en los procesos de inclusión/exclusión de los jóvenes, la constituye

la educación, y sus efectos posteriores, que se traducen en el empleo e ingreso. Teniendo en cuenta en aquello la «moderna paradoja»: a quienes concluyen su ciclo de enseñanza secundaria (12 años de escolaridad en Chile), nadie puede garantizarles un tránsito exitoso al mundo del empleo, el que se rige por sus propias lógicas de mercado laboral; pero sí es posible garantizar lo contrario: quienes no concluyen ese ciclo secundario, verán prácticamente a través de toda su historia laboral adulta, dificultades en el acceso a un empleo que los libre a ellos y su familia de la pobreza.

La cobertura de educación chilena ha experimentado avances importantes en cobertura en los últimos años, donde en la enseñanza media se ha pasado de un 80,3% de cobertura en 1990, a un 90,0% en el 2000; y en la enseñanza básica de un 96,8% a un 98,6%, para el mismo período (MIDEPLAN, 2001a). Una distinción la podemos encontrar en la cobertura y cantidad de años de escolaridad entre los jóvenes de acuerdo a su condición social. Hay una marcada diferencia de acceso a la educación, la cual favorece a los quintiles de mayores ingresos. Así, el quintil de ingreso I (el más pobre) presenta una cobertura del 82,3% en la enseñanza media y una escolaridad promedio de 9 años de permanencia en el sistema educacional, en comparación al quintil de ingreso V (el más rico), que presenta una cobertura del 98,5% y una permanencia de 13,5 años en promedio en el sistema educacional (MIDEPLAN, 2001a).

Cuadro 1

Promedio de escolaridad de los jóvenes entre 15 y 29 años por quintil de ingreso, según sexo, 1990, 1996 y 1998 (años de estudio)

AÑO	SEXO	QUINTIL DE INGRESO					Total
		I	II	III	IV	V	
1990	Hombre	8.6	9.3	10.0	11.1	12.5	10.1
	Mujer	8.6	9.6	10.5	11.5	12.9	10.4
	Total	8.6	9.4	10.2	11.3	12.7	10.2
1996	Hombre	8.8	9.7	10.6	11.6	13.2	10.7
	Mujer	8.9	10.2	11.0	12.0	13.5	10.9
	Total	8.9	9.9	10.8	11.8	13.3	10.8
1998	Hombre	8.8	9.8	10.8	11.8	13.4	10.8
	Mujer	9.1	10.3	11.2	12.2	13.6	11.1
	Total	9.0	10.1	11.0	12.0	13.5	10.9

FUENTE: MIDEPLAN, CASEN 1990, 1996 y 1998.

La diferencia es marcada entre los jóvenes de mayores ingresos y los de menores (13,5 v/s 9 años de escolaridad), viéndolo sólo desde antecedentes cuantitativos, sin entrar en los cualitativos para percibir las calidades de la educación que están recibiendo uno y otro sector. De ese modo, pareciera que no basta con aumentar la cobertura de educación para toda la población, sino que se requiere velar por el proceso que se genera en el sistema educacional y sus esferas relacionadas. Para un número significativo de jóvenes de estratos sociales bajos, la mayor dificultad no es ingresar al sistema escolar, sino que mantenerse en él y no desertar. Allí puede plantearse la discusión sobre las lógicas que debieran imperar de parte de la institucionalidad y sus políticas públicas, en el discurso y en la práctica, poniendo la relación entre: «igualdad de oportunidades en el acceso, proceso y en el resultado».

Relacionado a la dimensión educacional, se puede apreciar la desigual proporción de jóvenes según la actividad social que desarrollan y nivel socioeconómico, considerando al conjunto de la población joven entre 15 y 29 años de edad. A nivel de los jóvenes según su actividad social, encontramos que el 35,2% sólo estudia (proporción cercana entre hombres y mujeres), el 6,7% estudia y trabaja (también proporción cercana), el 31,3% sólo trabaja (los

hombres duplican a las mujeres) y el 26,7% no estudia ni trabaja (mujeres duplican a los hombres). Entre quienes sólo estudian, en el nivel socioeconómico alto es el 46,3%, en el nivel medio el 37,3% y en el bajo el 28,8%; entre los que sólo trabajan, se da la relación inversa: alto un 19,1%, medio un 30,1% y bajo un 35,9%. Y para el caso de los jóvenes que no estudian ni trabajan, como es de esperarse, aumenta el porcentaje a medida que descende el nivel socioeconómico: alto con un 16,2%, medio un 25,8% y bajo con el 30,3% (INJUV, 2002).

Cuadro 2
*Situación de jóvenes que no estudian ni trabajan,
según sexo y edad en tramos. Chile, 2000*

SITUACIÓN	SEXO		EDAD			TOTAL
	Hombre	Mujer	15-19	20-24	25-29	
Ha trabajado, no tiene trabajo	61,0	25,9	30,4	37,9	39,0	37,4
Ha trabajado, no tiene trabajo y no está buscando	19,9	32,5	22,1	28,8	29,8	28,4
Trabaja como dueña de casa o ayuda en el hogar	2,4	22,2	6,1	10,2	24,9	15,7
Nunca ha trabajado	12,1	13,7	29,3	16,9	3,9	13,2
Está buscando trabajo por primera vez	4,7	5,8	12,0	6,2	2,4	5,4
TOTAL	100	100	100	100	100	100

Fuente: Tercera Encuesta Nacional de Juventud 2000; INJUV, 2002.

Es así como en la categoría de actividad social de quienes «no estudian ni trabajan», que nacionalmente alcanza a cerca de un millón de jóvenes (26,7%), y que en gran medida se ubican en los niveles menores ingresos, es decir, jóvenes que están fuera del sistema educacional y fuera del mundo laboral. En el siguiente cuadro podemos apreciar el desglose de la situación de los jóvenes que no estudian ni trabajan, de acuerdo al sexo y su edad.

De las situaciones en que se encuentran los jóvenes que no estudian ni trabajan, puede destacarse el comportamiento que presentan los jóvenes de nivel socioeconómico medio y bajo, quienes muestran los mayores índices en las situaciones de haber trabajado, no tener trabajo y no estar buscando (29,3% y 26,6%, respectivamente), trabaja como dueña de casa o ayuda en el hogar (16,2 y 15,0, en oposición al 5,4% en el estrato alto), nunca ha trabajado (12,9% y 13,8%, y un 7,6% en el nivel alto). Y también el nivel socioeconómico medio es quien en menor proporción (35,8%), habiendo trabajado antes, está buscando un empleo, en comparación con el 49,6% del nivel alto y del 40,1% del nivel bajo (INJUV, 2002). A partir de estos antecedentes, el nivel socioeconómico medio está presentando, entre los jóvenes que no estudian ni trabajan, un comportamiento particular, que incluso puede afirmarse que es el sector que está retardando más el proceso de autonomía e independencia de su grupo familiar de origen y manifestando un alargamiento de su condición juvenil por no encontrar oportunidades de inserción de acuerdo a ciertas expectativas y aspiraciones asociadas a su nivel socioeconómico y el de su familia.

No obstante lo anterior, si nos preguntamos por los jóvenes que se hayan fuera del sistema escolar, estando en edad de cursar su enseñanza media (15 a 18 años), alcanza al 20% (196 mil), donde el nivel socioeconómico (junto a la localización entre urbana y rural, pero con un menor peso proporcional) está determinando de manera directa esta situación: en el nivel alto

es de 35,3%, medio 55,8% y en el bajo es de 65,9% (INJUV, 2002). En otra medición (Encuesta Nacional de Caracterización Socioeconómica, CASEN 2000), pero considerando el tramo de edad entre 15 y 19 años, arrojaba un 24,0% (225 mil) de jóvenes que estaban fuera del sistema escolar, quienes en un 38,7% de sus hogares se ubican en situación de pobreza y con los menores ingresos por hogar, donde el 43,6% están en el quintil de ingreso I, el 30,0% en el quintil II y el 16,8% en el quintil III, siendo que el 90% de este grupo de jóvenes pertenece a los tres quintiles de menores ingresos del país (Melis, 2002).

Por otra parte, en torno a las posibles reinserciones educacionales en este grupo de jóvenes, se da la tendencia que mientras mayor tiempo se permanece fuera del sistema escolar, menor es el interés en volver a estudiar al año siguiente, lo que se representa con el 64,5% de los jóvenes fuera del sistema escolar, quienes asistieron por última vez hace tres años o más y el año anterior (Melis, 2002). Esta tendencia trae consecuencias serias al momento de pensar alternativas de políticas específicas dirigidas hacia este sector de jóvenes, las que normalmente han sido pensadas por la vía de intentar el retorno al sistema escolar, sea bajo la modalidad de programas regulares o especiales para ello, teniendo en cuenta el tema motivacional y de intereses de estos jóvenes, como el de la sobre-edad que ya presentan luego de su deserción escolar y permanencia de unos años fuera del sistema escolar (cf. Goicovic, 2002). Más preocupante aun se torna esta realidad al momento de constatar el nivel educacional que lograron alcanzar estos jóvenes, donde el 30,7% tiene enseñanza básica incompleta, el 25,5% básica completa (8 años de escolaridad obligatoria en Chile) y el 42,4% posee enseñanza media incompleta (Melis, 2002). A partir de este año 2002, el gobierno chileno está impulsando un programa de educación y capacitación permanente, precisamente con el énfasis en este tipo de población, denominado «Chile califica» (cf. Ministerio de Economía et al., 2002).

De cualquier modo, cabe consignar de manera comparativa, que en el caso de los niños entre 7 y 14 años de edad, el porcentaje de ellos que están fuera del sistema escolar sólo alcanza al 1,3%, lográndose en la enseñanza básica una cobertura prácticamente universal en Chile y destacando que la meta de completar la escolaridad básica y obligatoria de ocho años para todos los niños está siendo una realidad, planteándose como meta el alcanzar los doce años de escolaridad obligatoria para el año 2006; y teniendo en consideración que el promedio de escolaridad de la población chilena de 15 años y más, ha pasado de 9 años de estudio en 1990 a 9,8 años de estudio en el 2000 (MIDEPLAN, 2001a). Pero a su vez, también es preciso señalar que con sólo ocho años de escolaridad, las posibilidades de inserción laboral se ven seriamente amenazadas y las trayectorias laborales transitarán por ciertos tipos de empleo de muy baja calidad, temporales, precarios y mal remunerados.

Habría que preguntarse: si se puede hablar con propiedad, que para este sector de jóvenes, sus posibles inserciones futuras por la vía educacional, se encuentran canceladas, teniendo que buscar otras vías de inserción diferentes a las de escolarización formal, habida cuenta de la ausencia de políticas y programas de protección y asistencia social desde el sistema institucional que pudiesen inscribirse en la línea de hacer reversible esta etapa y no entenderla como un ciclo terminal y determinante. Da la impresión que en la realidad chilena por la que atraviezan este sector de jóvenes, pudiendo incluirse a ciertos sectores medios precarizados, sigue con plena vigencia la concepción conceptual de los itinerarios juveniles de tipo lineal (y en este caso, trayectorias fallidas), más que las trayectorias reversibles, laberínticas o del tipo yo-yo que nos habla Machado Pais (cf. López Blasco, 2002; Machado Pais, 2002a y 2002b; Cachón, 2002).

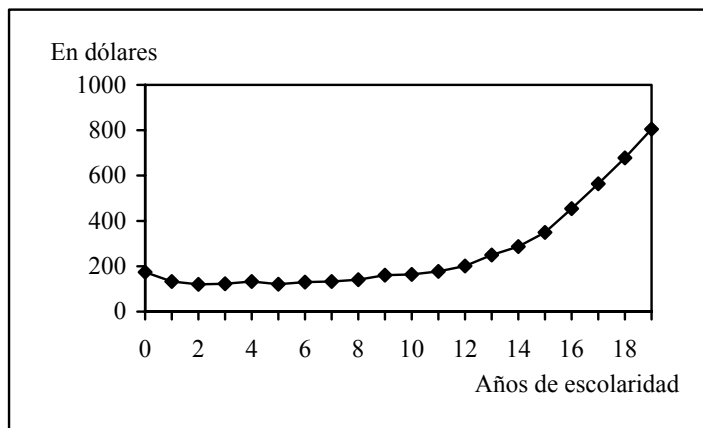
En el conjunto de la población juvenil que se encuentra estudiando y en su lógica distribución de acuerdo a los tramos de edad, un 24,8% lo hace en la enseñanza secundaria, un 12,4% en la universidad, un 3,2% en institutos profesionales y un 0,7% en centros de formación técnica. Y por nivel socioeconómico, el nivel alto y medio es quien con mayor frecuencia accede a estudios superiores, sea universidad, institutos profesionales o centros de formación técnica. Los jóvenes del nivel socioeconómico bajo en pocas ocasiones acceden a estudios postsecundarios. Producto de esta estratificación socioeconómica de las oportunidades de acceso a estudios superiores, la inserción al mundo del trabajo se da más temprana en los jóvenes de estratos bajos y se retarda en los estratos medios y altos, quienes permanecen más tiempo en el sistema escolar (INJUV, 2002).

De igual modo, la suerte futura que corren los jóvenes en su ingreso en el mundo laboral, tiende con fuerza a estar marcada por su desempeño escolar alcanzado, manifestándose en todas las dimensiones relativas a la tasa de desocupación, al tipo de empleo, salario, seguridad social, presencia y tipo de contrato de trabajo, acceso a sistema de salud.

Sin embargo, situados en el mercado laboral, éste no está reconociendo y gratificando en sus proporcionales directas a todos los niveles de escolaridades alcanzados, dándose situaciones que rompen la lógica general en cuanto a las condiciones en que se accede al mercado laboral. Es así como la inserción laboral de quienes completaron la educación superior es alta (72,6%), pero el promedio de todas las otras escolarizaciones menores, bordea el 50% de inserción laboral, lo que se constituye en una diferenciación muy desigual, siendo la menor tasa de inserción en quienes lograron una escolaridad de enseñanza básica incompleta con un 44,5% (INJUV, 2002).

Tampoco se aprecia ese reconocimiento al momento de ver la tendencia de los niveles de ingreso que están percibiendo los jóvenes de acuerdo a sus años de escolaridad, donde la curva comienza su ascenso a partir de los 12 años de escolaridad (el equivalente a la enseñanza secundaria completa), pero con mayor intensidad a partir de los 16 y 17 años, lo que equivale al término de la enseñanza superior; bajo los 12 años de escolaridad, el nivel de ingresos prácticamente se mantiene sin alteraciones significativas. Estos antecedentes confirman lo que puede resultar un tanto evidente: a mayor escolaridad, la posibilidad de acceder a un mejor nivel de ingresos, mejor inserción laboral, mejor calidad y condiciones laborales futuras; como también sus resultantes inversas (cf. Puentes, 2000).

Gráfico 1
*Ingreso promedio de la ocupación principal de los jóvenes
entre 15 y 29 años, por años de escolaridad, 1998*



FUENTE: CASEN 1998; MIDEPLAN, 1999.

3. JÓVENES Y PROYECTO DE INSERCIÓN FUTURO

Ya lo mencionábamos: en la realidad chilena, la variable que más discrimina y determina los pasos siguientes en cuanto al universo posible de trayectorias a seguir por los jóvenes es la dimensión educativa y nivel de escolaridad alcanzado. Utilizando una adecuación de la clasificación de tipos de trayectorias juveniles referenciadas por Bois-Reymond et al., podemos visualizar cuatro grupos de colectivos de jóvenes de acuerdo a sus logros educacionales y perspectivas de inserción laboral futura.

i) Quienes han abandonado o desertado de la escuela, ya sea en la primaria (en una proporción baja) o en la secundaria (en proporción mayor), que no han completado los 12 años de escolaridad, y que sus posibilidades de inserción laboral están determinadas a empleos sin calificación, bajos ingresos permanentes que rondarán el ingreso mínimo (actualmente US\$160) y precarias condiciones laborales, con elevadas tasas de desempleo, principalmente ubicados en

el sector informal de la economía, sin coberturas de seguridad social ni de salud, con un inicio en la vida laboral a temprana edad. Estarían en la clasificación de un tipo de *trayectorias directas/precarias*.

ii) Quienes alcanzan los 12 ó 13 años de escolaridad y acceden a una situación de empleo inestable y con riesgos altos de desempleo, que les otorgan elevados niveles de incertidumbre futura, principalmente por la degradación del factor educativo y de los diplomas obtenidos en tiempo presente, teniendo sólo a su favor los bajos niveles de escolaridad de la población adulta y trabajadora chilena, sumado a un mercado laboral altamente descualificado. No es una posición estable en el mercado laboral y no siempre el mercado salarial reconoce por la vía del salario ese mayor nivel de escolarización, sobre manera cuando no ha ido acompañada con alguna calificación laboral específica, como podría darse en quienes cursaron su enseñanza secundaria en la modalidad técnico profesional, y sus ingresos pueden llegar al orden de 1,5 ingresos mínimos (unos US\$240). Dependiendo los casos particulares, este colectivo juvenil podría tener trayectorias entre *directas/precarias* y *semicualificadas*.

iii) Quienes alcanzan los 14 ó 15 años de escolaridad con una certificación validada y reconocida por el mercado laboral, quien a su vez es capaz de recompensar salarialmente dicha calificación, que a su vez posea una pertinencia con determinados sectores laborales más dinámicos y en expansión, pues un número significativo de este tipo de certificación no están siendo valoradas al momento de acceder a un empleo o al salario percibido por ese trabajo. Dos paradojas se presentan en este tipo de cualificación, que correspondería a una de formación de nivel técnico superior: la matrícula y número de estudiantes en este sistema va en constante disminución, donde la matrícula total en carreras técnicas ha pasado de 101 mil en 1993 a 53 mil alumnos en el año 2000, contradiciendo la tendencia que en los países desarrollados hay un mayor crecimiento de las carreras técnico profesional no universitarias (Ministerio de Economía et al., 2002); y a su vez, a este tipo de formación acceden los jóvenes de menores recursos económicos, debiendo ser costeados por sus familias, pues tradicionalmente el Estado no ha tenido ningún apoyo dirigido a este sector de formación, sólo a partir del año 2000 el Estado comenzó a implementar un programa de becas para estos estudiantes, pero por lo pronto es bastante marginal en comparación al aporte que se hace a las formaciones universitarias. Si se cumple con el reconocimiento señalado por este tipo de formación, podríamos hablar que este colectivo recorrería un tipo de trayectoria entre *semicualificadas* y *cualificadas*, donde es posible prever —en el mejor de los casos— de inserciones laborales más regulares y relativamente estables, con mejores posibilidades de contar con empleos con mayor reconocimiento social, de ascenso social en el sector de actividad, acceder a las formalidades laborales, seguridad social, perfeccionamiento y nuevas calificaciones, y un nivel salarial alrededor de 2,5 ingresos mínimos (US\$400).

iv) Quienes alcanzan los 16 ó 17 años de escolaridad, equivalentes a la formación completa de educación superior en sus diversas modalidades, y teniendo en consideración las diferencias de disciplinas profesionales posibles, tanto en el plano del reconocimiento y estatus social, como a nivel de las variaciones salariales posibles de percibir de acuerdo a la profesión accedida. Este colectivo, siendo minoritario en la población juvenil chilena, pero con una fuerte y sostenida tendencia a la expansión en las últimas décadas (entre 1980 y el 2000, pasó la matrícula de educación superior de 200 mil a 450 mil; proyectándose en 800 mil para el 2010), logra encontrar una ubicación relativamente permanente y mejorada en el mercado laboral y salarial, accediendo a salarios desde los 3,5 ingresos mínimos hacia arriba (US\$565), a partir de lo cual puede ser posible pensar en trayectorias de tipo *profesionales/académicas* (Bois-Reymond et al., 2002:70-72).

4. DEPENDENCIAS ALARGADAS Y AUTONOMÍAS DILATADAS

Otra dimensión en la cual puede verse expresada la tendencia presentada por ciertos jóvenes a alargar su permanencia en la condición juvenil, y asociada a las consecuencias su inserción laboral, la constituye la imposibilidad de autonomización de su grupo familiar de origen, postergando su independización y constitución de familia autónoma. Los jóvenes han prolongado en varios años su permanencia en el hogar de sus padres, por las dificultades de

mantención económica por sus propios medios, o en este contexto, fruto de sus ingresos por concepto del trabajo, como también en el caso de jóvenes de mejores condiciones socioeconómicas, por su permanencia por un mayor tiempo en el sistema educacional, especialmente de educación superior, lo que perfectamente los lleva a permanecer en él hasta alrededor de los 25 años.

Fruto de lo anterior, se comienza a constatar la pérdida de autonomía de los jóvenes actuales, habiendo una corrida hacia generalizada hacia una mayor dependencia del núcleo familiar de origen, expresada en todos los tramos de edad y en ambos sexos, con una fuerte alza marcada en el caso de las mujeres jóvenes, por sobre la tendencia experimentada por los hombres. Similar tendencia se expresa a nivel del estado civil de los jóvenes, donde la condición de soltero experimenta un alza, con la consecuente disminución de los casados y convivientes: entre 1997 y el 2000, los jóvenes solteros pasan del 69,5% al 75,8%; los casados de 21,7% al 16,0% y los convivientes de 7,2% al 6,2% (INJUV, 2002).

Cuadro 3
*Jóvenes y condición de jefes de hogar, según sexo y edad,
Chile 1997 y 2000*

Año	VIVE CON SUS PADRES		SON JEFES DE HOGAR	
	2000	1997	2000	1997
Total	87,7	72,5	12,3	27,5
Hombres	82,5	76,6	17,5	23,4
Mujeres	94,9	68,6	5,1	31,4
15-19 años	98,6	92,3	1,4	7,7
20-24 años	91,6	71,4	8,4	28,6
25-29 años	68,4	54,0	31,6	46,0

Fuente: Segunda y Tercera Encuesta Nacional de Juventud, 1997 y 2000; INJUV, 2002.

Esta mayor dependencia de los jóvenes hacia sus grupos familiares, principalmente se estaría debiendo a la falta de oportunidades de integración social por parte de ellos, donde la escasa, precaria o dificultosa inserción laboral estaría dentro de las razones más recurrentes. De igual modo, debido a la ampliación de expectativas de integración social de ciertos jóvenes más escolarizados y pertenecientes a los estratos socioeconómicos más altos, se tiende igualmente a retardar la salida del hogar de origen, dándose en significativos casos que estos jóvenes alcanzan su independencia económica por la vía del empleo, pero no se emancipan residencialmente de sus familias de origen por los bajos salarios que por su empleo obtienen (cf. Bois-Reymond et al., 2002:74). A modo de comparación, el porcentaje de jóvenes españoles que viven con sus padres, es del 89% entre 20 y 24 años de edad, y del 59% para los jóvenes entre 25 y 29 años (Morch et al., 2002:53).

Sumado a lo anterior, las perspectivas y plazos para la conformación de sus propias familias o emparejamientos de estos jóvenes, acuden en la dirección del alargamiento del período juvenil y su dependencia de sus padres a edades mayores, otros procesos socioculturales que involucran a los jóvenes y que han tenido grandes cambios; sea la constatación de la drástica disminución en el número de matrimonios ocurridos en Chile en la última década, expresando una fuerte tendencia a la baja ocurrencia de este evento: en 1990 fueron 99.759, bajando para el año 2001 a 65.094 matrimonios; y para el 2002 la tendencia continúa, pues hasta abril de este año se llegó a los 19.948, que de mantenerse ese ritmo, cerraremos el año 2002 con menos de 60 mil matrimonios (Servicio de Registro Civil e Identificación de Chile, 2002).

La nupcialidad entre los jóvenes chilenos desciende aceleradamente, y a su vez, se retrasa en cuanto a la edad promedio para contraer matrimonio. Este proceso se verifica desde hace dos décadas a la fecha, donde en 1980 la edad promedio de nupcialidad era de 26,6 para

los hombres y de 23,8 años para las mujeres; para pasar en el año 1998, a 28,9 para los hombres y 26,3 años para las mujeres, siendo incluso levemente superior el alza en las mujeres por sobre los hombres en este período (2,5 v/s 2,3 años, respectivamente). Las edades de los contrayentes de matrimonios se han ido desplazando hacia mayores edades: en 1980 los porcentajes de matrimonios por grupos de edad del contrayente eran del 7% para 15-19 años, 47% para 20-24, 28% para 25-29, 8% para 30-34 y 10% para los restantes grupos de edad. En 1998 se presenta con 4% (15-19), 31% (20-24), 34% (25-29), 16% (30-34) y 15% para 35 y más años (INE, 1999a).

Los cambios en la dinámica demográfica durante las últimas décadas en Chile ha llevado a un envejecimiento de la población en general, expresado en un ritmo de crecimiento poblacional medio anual del 1,2%, según el censo de población 2002, donde la tasa de crecimiento de los nacimientos tiende a cero, es decir, se sigue conservando relativamente el mismo número de nacimientos cada año en el período intercensal 1992-2002 (295 mil en 1992, 245 mil en el 2001). La baja fecundidad en mujeres en edad reproductiva (15-49 años), arroja para 1960 un promedio de 5,4 hijos por mujer y para el 2002 un promedio de 2,2 hijos por mujer. De igual modo, la vivencia de la maternidad en el caso de las jóvenes no estaría necesariamente influyendo en la conformación de familia propia y generando el proceso de autonomía, pues se presenta una marcada tendencia al aumento de los nacimientos en jóvenes sin mediar matrimonio, donde la gran mayoría de las madres menores de 21 años se ubican en el estado civil de solteras: en 1980 correspondía al 43% y en 1998 asciende al 77,1% de madres solteras (INE, 1999b).

Por otra parte, la disponibilidad y acceso a una vivienda independiente, tanto para adquisición o arriendo, es otro factor interviniente en esta dinámica de mayor dependencia y permanencia de los jóvenes en su hogar familiar, donde el déficit habitacional en Chile alcanza las 743 mil unidades de viviendas, de un total de 3 millones 871 mil hogares, que si bien es cierto ha venido disminuyéndose a lo largo de la década de los noventa producto de un aumento en la inversión pública en materia habitacional por la vía de subsidios, sigue siendo un déficit importante, afectando en buena medida las posibilidades de adquisición por parte de los jóvenes, además de la falta de ingresos monetarios para acceder a un alquiler por parte de este sector de población (cf. MIDEPLAN, 2001b). De cualquier modo, la realidad habitacional chilena muestra una alta tenencia de la propiedad, donde el 70% corresponde a viviendas propias pagadas (53,7%) o propias pagándose (16,2); y la categoría de arrendada sólo llega al 16%, presentándose esta situación habitacional con mayor frecuencia a medida que aumentan los quintiles de ingreso del grupo familiar. Y la modalidad de vivienda de vivienda cedida alcanza el 14% (MIDEPLAN, CASEN 2000).

5. CONCLUSIONES

En estas líneas finales, nos interesa relevar ciertas ideas centrales por las cuales transitamos a través del texto, donde una de las dimensiones que está favoreciendo o impidiendo con mayor fuerza discriminatoria las perspectivas de integración social futura de los jóvenes, lo constituye la esfera de la educación formal; pudiéndose afirmar que no se vislumbran en el actual contexto, trayectorias juveniles que puedan exhibir ciertos indicadores de éxito fuera de la escuela. Vemos que las integraciones laborales dependen cada vez con mayor fuerza de los itinerarios educacionales y las biografías escolares de estos jóvenes, donde el mercado laboral y salarial comienza a «recompensar» aquéllas que logran traspasar el umbral de las escolaridades secundarias completas, apreciándose con mayor claridad esta retribución a partir de los catorce años de escolaridad hacia arriba.

En el recorrido que va de la escuela al mundo del trabajo, y como una forma de compensar y/o aminorar determinados riesgos de fracaso en el recorrido, o para subsanar estos posibles riesgos, la existencia de ciertas redes de apoyo —individuales y sociales— cobran en este contexto absoluta vigencia y necesidad, básicamente entendidas las redes que puedan proveer el universo de la familia y el Estado; las que también se constituyen (o debieran constituirse) en garantes de estas trayectorias juveniles: sin redes de apoyo, las posibilidades de trayectorias fallidas son altas, y a la inversa. Esto lleva a plantearnos por el estado actual en que

se encuentran estos sistemas de redes en la orientación de favorecer dichos procesos de integración exitosos de los jóvenes, habida cuenta de la importancia y necesidad de su actuación de manera simultánea, especialmente hacia jóvenes de escasos recursos o de estratos medios precarizados, pues con la sola concurrencia de la red familiar no basta para garantizar aquello, como lo es en el caso de jóvenes de estratos medios y altos. Conjuntamente con esta dinámica de red de protección social de tipo familiar, queda en una suerte de interrogante la interpelación que pudiese hacerse a la red de carácter estatal, quien no estaría favoreciendo estas trayectorias de éxito en los jóvenes con mayores desventajas sociales, quedando sus esfuerzos y recursos comprometidos sólo hasta la finalización de la educación secundaria, no desplegando iniciativas y apoyos de protección social posteriores a ello. A modo de ejemplo y en esa línea de argumentación, bien valdría la consideración de incentivar y fortalecer el apoyo que se brinda a este tipo de jóvenes al momento de continuar estudios de nivel técnico superior, apoyo que en la actualidad es casi exclusivo para estudios universitarios, favoreciendo en gran medida a los estratos socioeconómicos medios y altos; o las iniciativas que puedan encaminarse en la dirección de transformar efectivamente la «enseñanza media técnico profesional» en una alternativa de cualificación técnica-profesional, que les permita una inserción laboral de mejor calidad a estos jóvenes de menores recursos económicos, prolongando la escolarización y calificación técnica de los actuales dos años, a los anteriores cuatro años de formación profesional, egresando con una escolaridad de catorce años en total.

De acuerdo a los antecedentes expuestos más arriba, un número significativo de jóvenes, distribuidos muy desigualmente de acuerdo a niveles socioeconómicos, están quedando fuera del sistema educacional año tras año, que en un acumulado va generando un cada vez mayor número de jóvenes con proyectos de escolarización abortados. Para ellos deben extremarse las medidas de carácter protectoras que eviten y/o aminoren esa realidad, donde es preciso la confluencia de voluntades y esfuerzos múltiples, desde los de tipo familiar, del mismo sistema escolar, como de política pública en general y hasta de asistencia social específica.

Los proyectos de autonomía e independencia de los jóvenes no serán posibles en el corto plazo si no logran inserciones laborales de calidad y con salarios adecuados que propendan a ello, sumado a las posibilidades de concretizar su autonomía residencial, lo que nos llevará a ver cada vez más tiempo a los jóvenes dependientes de —y en— sus familias de origen, alargando la noción de juventud en los contextos hogareños, y tendiéndose a englosar la categoría de jóvenes que no se adscriben a las condiciones de estudiantes ni trabajadores, sencillamente por no encontrar «su lugar o ubicación» específico en la sociedad adulta.

VIÑA DEL MAR (CHILE), AGOSTO DEL 2002

BIBLIOGRAFÍA

- BENDIT, RENÉ (1998): «Juventud y políticas de juventud entre la sociedad civil y el Estado: la problemática de las estructuras adecuadas». En PETER HÜNERMANN y MARGIT ECKHOLT (editores): *La juventud latinoamericana en los procesos de globalización. Opción por los jóvenes*. Buenos Aires: ICALA, FLACSO y EUDEBA.
- (2000): «Adolescencia y participación: una visión panorámica en los países de la Unión Europea». *Anuario de Psicología*, Vol. 31, N°2. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- BIGGART, ANDY et al. (2002): «‘Trayectorias fallidas’, entre estandarización y flexibilidad en Gran Bretaña, Italia y Alemania Occidental». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- BOIS-REYMOND, MANUELA DU et al. (2002): «Transiciones modernizadas y políticas de desventaja: Países Bajos, Portugal, Irlanda y jóvenes inmigrantes en Alemania». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- CACHÓN, LORENZO (2002): «Las políticas de transición, entre las biografías individuales y los mercados de trabajo. Estrategia de los actores, lógicas y políticas de empleo juvenil en

- Europa». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- DÁVILA LEÓN, OSCAR (2001): «¿La década perdida en política de juventud en Chile; o la década del aprendizaje doloroso? Hacia una política pública de juventud». *Última Década* N°14. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- DE MIGUEL, AMANDO (2000): *Dos generaciones de jóvenes, 1960-1998*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- GOICOVIC, IGOR (2002): «Educación, deserción escolar e integración laboral juvenil». *Última Década* N°16. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- GTI (1999): *Caracterización y análisis de la política social dirigida a los jóvenes*. Santiago: Grupo de Trabajo Interministerial de Juventud.
- HERNÁNDEZ ARISTU, JESÚS (2002): «Entre la familia, la formación y el empleo —estructuras de apoyo a las transiciones—». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS, INE (1999a): *Anuario de demografía. Serie 1980-1998*. Santiago: INE.
- (1999b): *Anuarios de estadísticas vitales. Serie 1980-1998*. Santiago: INE.
- INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD, INJUV (1996): «Ejes de análisis para la construcción de una política integral de juventud». *Documento de Trabajo* N°1. Santiago: INJUV.
- (1999): *Los jóvenes de los noventa. El rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (2002): *La eventualidad de la inclusión. Jóvenes chilenos a comienzos del nuevo siglo. Tercera encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- INSTITUTO DE LA JUVENTUD (2000): *Juventud española 2000*. Madrid: INJUVE.
- LÓPEZ BLASCO, ANDREU (2002): «De los itinerarios lineales a las trayectorias yo-yo». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- MACHADO PAIS, JOSÉ (2002a): «Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses)». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- (2002b): «Praxes, graffitis, hip-hop. Movimientos y estilos juveniles en Portugal». En CARLES FEIXA, CARMEN COSTA y JOAN PALLARÉS (editores): *Movimientos juveniles en la Península Ibérica: graffitis, grifotas, okupas*. Barcelona: Ariel.
- MARTÍN SERRANO, MANUEL (2002): «La prolongación de la etapa juvenil de la vida y sus efectos en la socialización». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- MARTÍNEZ, JAVIER y EDUARDO VALENZUELA (1986): «Juventud chilena y exclusión social». *Revista de la CEPAL* N°29. Santiago: CEPAL.
- MELIS, FERNANDA (2002): «Los niños y adolescentes fue del sistema escolar». Ponencia presentada en el Seminario «12 años de escolaridad: un requisito para la equidad en Chile». Ministerio de Educación, Santiago, 13 y 14 de junio.
- MIDEPLAN (1999): «Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, CASEN 1998». Santiago: MIDEPLAN.
- (2001a): «Situación de la educación en Chile 2000». Santiago: MIDEPLAN.
- (2001b): «Situación habitacional 2000. Informe ejecutivo». Santiago: MIDEPLAN.
- MINISTERIO DE ECONOMÍA et al. (2002): «Chile califica: programa de educación y capacitación permanente». Santiago: Ministerio de Economía.
- MORCH, MATILDE et al. (2002): «Sistemas educativos en sociedades segmentadas: ‘trayectorias fallidas’ en Dinamarca, Alemania Oriental y España». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- PÉREZ ISLAS, JOSÉ ANTONIO (2002): «Integrados, movilizados, excluidos. Políticas de juventud en América Latina». En CARLES FEIXA, FIDEL MOLINA y CARLES ALSINET (Editores): *Movimientos juveniles en América Latina: pachucos, malandros, punketas*. Barcelona: Ariel.
- PUENTES, ESTEBAN (2000): «Relación entre salarios y tipo de educación, evidencia para hombres en Chile 1990-1998». Santiago: MIDEPLAN.

- REGUILLO CRUZ, ROSSANA (2000): Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- (2002): «Cuerpos juveniles, políticas de identidad». En CARLES FEIXA, FIDEL MOLINA y CARLES ALSINET (editores): *Movimientos juveniles en América Latina: pachucos, malandros, punketas*. Barcelona: Ariel.
- RUA, MARIA DAS GRAÇAS (1998): «As políticas públicas e a juventude dos anos 90». En CNPD: *Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas*, Vol. 2. Brasília: Comissão Nacional de População e Desenvolvimento.
- SCHKOLNIK, MARIANA (2002): «Trabajo infanto-juvenil y educación: diagnóstico de la realidad chilena». Ponencia presentada en el Seminario «12 años de escolaridad: un requisito para la equidad en Chile». Ministerio de Educación, Santiago, 13 y 14 de junio.
- SERVICIO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN DE CHILE (2002): www.registrocivil.cl.
- TOHÁ MORALES, CAROLINA (2000): «Jóvenes y exclusión social en Chile». En ESTANISLAO GACITÚA y CARLOS SOJO (editores): *Exclusión social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe*. San José: FLACSO y Banco Mundial.
- TOURAINÉ, ALAIN (1988): «Un mundo que ha perdido su futuro». En VV. AA.: *¿Qué empleo para los jóvenes?* Madrid: Tecnos y UNESCO.
- (1996): «Juventud y democracia en Chile». *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1. Madrid: Organización Iberoamericana de Juventud. También en *Última Década* N°8 (1998). Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- y FARHAD KHOSROKHAVAR (2002): *A la búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto*. Barcelona: Paidós.